

¿Qué es lo que más les ha impresionado de este evangelio? .
¿Van a modificarse con él sus jornadas, su semana, su vida?

Lo más terrible que tiene el evangelio es que es posible leerlo más de cien veces sin que nos levantemos de nuestra modorra espiritual. ¡Peor todavía!
¡Cuanto más lo leemos... mejor dormimos!

Un pagano, un hindú, un budista, podían haber asistido a esta lectura; seguramente les hubiera interesado, sentirían una gran curiosidad y deseos de que se la explicase alguien. Un cristiano la encontraría poco interesante. Sucede siempre que lo que mejor creemos conocer, no acabamos de conocerlo del todo. Cuando los padres se imaginan que conocen a sus hijos y que pueden dejar de observarlos, de escucharlos, de provocar sus confidencias, pueden estar seguros de que dentro de pocos días van a saber cosas de ellos que les van a extrañar. Si una mujer se imagina que conoce a su marido, y sobre todo si un marido se imagina que conoce a su mujer, si no esperan nada nuevo uno del otro, nada mejor, nada imprevisible, si no sienten la necesidad de fijarse bien el uno en el otro y de hablar entre sí, entonces es que no se aman («amarse es esperar en uno siempre»), es que ya han dejado de conocerse. ¡Por desgracia, suele ser también ése el momento en que se empieza a conocer otras personas! Esa es la obra destructora de la rutina.

Lo que deshace un hogar, lo que mata un amor, lo que destruye la fe y la iglesia, no son las crisis, ni las revoluciones ni las persecuciones, sino sencillamente la rutina. Porque somos cristianos, somos los menos interesados en el cristianismo. Si alguna vez me propone alguno una cuestión interesante sobre un tema religioso, estoy seguro de antemano de que se trata de un incrédulo. El evangelio, por ejemplo; me atrevo a decir sin temor de equivocarme que el noventa por ciento de nosotros no lo ha leído nunca, que no tiene ganas de leerlo, que no lo leerá jamás.

De todos los libros de mi biblioteca, estoy seguro que hay uno que nunca me lo pedirán prestado, que no hay peligro de que se pueda extraviar: el evangelio. Sin necesidad de ser profeta, les puedo predecir que si no lo han leído todavía, se morirán sin haberlo hecho. Y esto, por otra parte, los pondrá en apuros cuando lleguen al cielo.

Cuando lleguemos a la presencia del Señor y veamos su acogida tan afectuosa, tan alegre, tan alentadora, también sentiremos un gran pesar y diremos: «¡Ah, Señor, si te hubiésemos conocido antes!. ¡Si lo hubiéramos sabido!. ¡Si nos hubieran dicho que vos eras tan maravilloso!».

Pero Cristo nos contestará: «¿Y qué han hecho para ignorarlo? Yo ya sé que los sermones de mis sacerdotes no eran muy interesantes, pero por eso procuré dejarles un retrato mío, lo más fiel posible, mi testimonio más vivo y elocuente. ¿No han leído nunca mi evangelio?. ¿Tan ocupados estaban que no han tenido tiempo de leerlo?. ¿Qué es lo que hacían?. ¿Qué otras lecturas leían?».

¿Qué explicación podremos darle entonces, al Señor?. ¿Nos atreveremos a enumerarle otros títulos más interesantes que el evangelio?

¿Qué significa para nosotros este evangelio de la transfiguración?. Que los apóstoles eran como nosotros, que tenían ya sus almas acostumbradas a él, que vivían con Cristo día tras día y que, a pesar de ello, por culpa de ello, no lo conocían. Tuvieron necesidad de una visión, de una transfiguración lo mismo que también nosotros necesitamos una sacudida, una luz, una revelación, para que podamos comprender de repente qué es lo que estamos haciendo aquí, en estos momentos, en esta celebración de la transfiguración.

El evangelio no es una historia del pasado, sino una profecía que anuncia todo lo que sucede cada día, todo lo que está pasando hoy. En el evangelio estamos anunciados y previstos nosotros. Allí está explicado todo lo que somos. El nos revela todo cuanto hacemos, todo cuanto hacemos sin saberlo siquiera. Perdónales: no saben lo que hacen.

Pero nosotros, ¡nosotros, sí, deberíamos saberlo! El evangelio siempre es verdadero: Dios es siempre el mismo. Los hombres son siempre los mismos. El evangelio es la vida que Dios está llevando entre los hombres: cómo trata Dios a los hombres y cómo los hombres tratan a Dios, mejor dicho, cómo maltratan a Dios.

Los apóstoles estaban acostumbrados al Señor. Ellos lo veían todos los días; bebían, comían con él; sabían todo lo que hacía; escuchaban interminables sermones.

Y cuanto más lo escuchaban, menos impresionados se quedaban, menos atención mostraban. El Padre no dejaba de dar testimonio de él: a través de cada gesto, de cada palabra, se podía descubrir que él era el hijo muy amado, pero los espíritus lentos y torpes no llegaban a comprenderlo; Moisés, Elías, todos esos profetas que los apóstoles conocían de memoria —que creían conocer de memoria, lo mismo que creemos nosotros conocer el evangelio—, daban testimonio de él, lo anunciaban, lo describían, lo prefiguraban con sus vidas más aún que con sus palabras, pero ninguno se fijaba en ello.

Entonces el Señor juzgó que esta situación no podía continuar; los tomó aparte, los llevó lejos del bullicio de las turbas donde ellos se daban importancia, se afanaban, organizaban milagros y distribuían tarjetas de recomendación y bonos para obtener favores, y los condujo a una montaña alta, a la soledad, a un monte cubierto de peñascos, todavía más apacible y silencioso que esta iglesia adonde el Señor los ha conducido. Y allí se sosegaron, aprendieron a callar, se desnudaron de sus preocupaciones y de sus ambiciones. Estaban solos con él, empezaron a fijarse en él, a mirarlo, a verlo, y empezaron a distinguirlo de la manera con que siempre había estado entre ellos. También nosotros necesitaríamos una visión, una transfiguración, para que nos diésemos cuenta de que estamos tan acostumbrados a creer en Cristo que ya no creemos en él, tan acostumbrados a rezar, que ya no rezamos, tan acostumbrados a oír hablar de él, o peor aún, si somos sacerdotes o militantes, tan acostumbrados a hablar de él que ya no lo conocemos, que podemos preguntarnos si lo hemos conocido alguna vez, tan lejos estamos del día en que él estaba vivo entre nosotros.

¡Sí!. El miedo para recibir esa gracia es muy sencillo, es ahora el mismo de entonces. Tendríamos que ponernos a rezar, a callarnos, a buscar un poco de soledad, y lograr dar un poco de tiempo al Señor, a él solo. ¿Cuánto tiempo hace que no hemos rezado durante una hora?. ¿Cuánto tiempo hace que no hemos consagrado al Señor una tarde, un día?

Ese tiempo que con tanta facilidad dedicamos a cualquier otra cosa, a cualquier reunión, a cualquier espectáculo, ¿cuánto tiempo hace que se lo negamos con avaricia al salvador?. ¿Tres horas para trabar amistad con un personaje célebre, para ir a escuchar a un hombre importante?.
¡De acuerdo!

¿Y tres horas para darnos cuenta de que nuestro redentor vive, tres horas para saber que el Señor está cerca, para conocer a aquel que está siempre con nosotros y que nosotros no acabamos de conocer?. ¡Imposible!

Pero si por ventura le han dedicado alguna vez tres horas, entonces sí que lo saben; y si lo hacen ahora entonces empezarían a darse cuenta de ello poco a poco, en la serenidad de la naturaleza o en la paz de la capilla, y sus ojos se abrirán por fin. Comenzarán a ver con toda claridad en él y en ustedes. Conocerán todo cuanto tienen oculto, todo el mal que les hace el saberlo o el rehusar saberlo. Oirán cómo va creciendo su voz, esa voz que siempre habla pero que ustedes procuran ahogar con tanto esfuerzo.

Su voluntad se les aparecerá con evidencia. Su presencia se convertirá en algo real y cercano, hasta llegar incluso a oprimirlos un poco. Su rostro se hará tan vivo y tan tierno, tan atractivo como nunca jamás han visto otro igual. Y entonces vosotros le dirán, lo mismo que han dicho otros muchos antes de ahora: «Señor, ¡qué bien estamos aquí!. ¡Ojalá pudiésemos seguir así siempre, continuar siempre como ahora!. ¿Me permitís aermar aquí mi carpa, para quedarme continuamente a tu lado?».

En el fondo, esto es lo que debía ocurrir ahora, lo que debería suceder en esta misma eucaristía, si asistiésemos a ella con el espíritu, con el corazón y con los ojos abiertos. Jesús se hace presente ahora gracias a nuestra fraternidad, a nuestro agrupamiento en su nombre. Los profetas, Juan Bautista, Abel, Abrahán, Melquisedec y los apóstoles son sus testigos. Aquí está también su Padre y, fieles a la recomendación del salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atreveremos dentro de poco a decirles: «¡Padre nuestro!».

¿Cómo es posible que no nos sintamos aquí a gusto, que no tengamos ganas de morar aquí?. ¡Ojalá pudiese alguna vez realizarse un milagro: el milagro de que no tuviésemos ganas de marcharnos, que deseásemos quedarnos aquí, después de terminada la eucaristía!

Esa sería la señal decisiva de que hemos comprendido algo, de que hemos asistido bien a la celebración, de que al menos una vez, nos hemos visto libres de la rutina y nos hemos dado cuenta de lo que hacíamos. ¡No podemos marcharnos seguros hasta el momento en que hayamos sentido ganas de quedarnos!

Porque el Señor nos diría entonces, como a Pedro, a Santiago y a Juan: «No cuenten a nadie la visión hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos». Esto es: no se alegren de esta visión, no presuman de haber tenido esta visión, no vayan a creer que todo está arreglado con haber tenido esta visión. Marchen ahora, vuelvan a sus hogares, a su oficina, a sus hijos, a su trabajo, a sus negocios, a su vecindad, vayan y vivan su visión, vayan y den su testimonio, realicen su pasión, junto con la mía, su resurrección y la de cuantos los rodean, y entonces se darán cuenta para siempre, de que su visión había sido justa, buena, auténtica y que su religión era la religión viva y verdadera. ¡Que así sea!